



MI VIEJO CAPITÁN

Me avisaron que mi viejo Capitán quería hablar conmigo. Fui hasta él, toqué a su puerta y con su estentóreo vozarrón, me invitó a pasar. Se levantó del sillón y con gestos elocuentes, dedo índice sobre sus labios, con la otra mano señaló sigilosamente una silla y cerró tras de mí la pesada puerta. Se quitó la gastada gorra con visera de palmas y laureles recamados en hilos dorados herrumbrados por el salitre de tantos tiempos idos. Estiré mi mano para estrechar la suya, pero llevó la diestra a su sien en una venia que me pareció anacrónica. Lucía, por así decirlo, su gastado uniforme azul marino con sus cuatro tiras doradas en la boca de ambas mangas, indicativo de su alto rango, como también era alto su porte de nauta ejemplar, que siempre impuso respeto entre sus hombres y seducción entre sus mujeres. Mi viejo Capitán era uno de los últimos ejemplares clásicos de aquella generación de verdaderos hombres de mar.

-De lo que vamos a hablar ahora aquí, en mi camarote, quedará entre usted, mi querido Primer Oficial, y yo, su Capitán de tantos años. Pues bien, mi buen Segundo Comandante, tengo que ponerlo al tanto de una conjura que se está gestando en mi contra en las entrañas de este buque. -me siseó por lo bajo, junto a mi cara.

Iba a contestarle, pero sin darme lugar, puso su sarmentosa mano sobre mi boca y ladeando la cabeza señaló una puerta lateral.

-Vamos allá, sobre el alerón de estribor no podrán oírnos. Sucede, como usted habrá podido apreciar, que el Segundo Oficial, un protegido y confidente del Armador, y el Jefe de Máquinas, apoyados por el Médico de abordaje, están confabulados para quitarme el Comando.

Me miró fijo a los ojos esperando mi reacción, pero no me dio tiempo a hablar porque volvió a la carga.

-No comprendo cómo usted, un brillante Oficial, todavía no se dio cuenta de esta maniobra que también lo perjudica, por ser mi sucesor natural. Por mi parte, me voy a aferrar con todas mis fuerzas a la rueda del timón, para que no hagan de mí lo que ellos pretenden.



Con un gesto de confianza que nunca le vi hacer, apoyó su brazo sobre mi hombro y recordó:

-Hemos pasado muchos momentos de riesgo en nuestros viajes por el mundo. Nunca olvidaré aquel terrible tifón en los mares de Japón, que por poco nos hunde si no hubiera sido por su afortunada acción como navegante y también recuerdo aquella otra ocasión en que me salvó de unos maleantes que me quisieron apuñalar en el barrio de las luces rojas de Hamburgo ¿Se acuerda? “Unter der roten Lanterne von St. Pauli” -acabó canturreando.

Tomado por sorpresa y emocionado por la gratitud en esas añoranzas, intenté explicarle la situación.

-Señor, estos hombres que usted llama conjurados, en realidad son...

Me interrumpió, diciendo:

-Sí, lo sé, son unos felones, unos traidores que manchan sus blancos uniformes con la perfidia de la deslealtad...silencio, silencio que ahí vienen.

Mi viejo Capitán se parapetó detrás de mí tratando de ocultarse cuando entraron dos de los hombres.

-Vamos, Almirante, quítese la ropa que llegó la hora del baño. -ordenó socarrón, uno de los enfermeros.

-Usted, señor, debe retirarse que terminó la hora de las visitas.-agregó.

Entre las risotadas de los enfermeros y las protestas de mi viejo Capitán, se lo llevaron casi a la rastra hacia las duchas del manicomio.

Salí pateando recuerdos por la avenida Vieytes, dejando atrás el Borda. Cuando llegué a Plaza Constitución, me senté en un banco: muy quedo entoné aquello de “Unter der roten Lanterne von St. Pauli”, y seguí así hasta que amainó la niebla que empañaba mis ojos.

SEUDÓNIMO: ROBERTO CEREZOS